

e d i t o r i a l



Maurice Halbwachs

*Una visión clásica y actual de la ideación
conceptual de la sociología.*

*El proyecto de una memoria colectiva
y su radicación en el espacio*

■ Lo más usual es que yo me acuerdo de aquello que los otros me inducen a recordar; que su memoria viene en ayuda de la mía, que la mía se apoya en la de ellos. Al menos, en estos casos, la manifestación de mis recuerdos no tiene nada de misterioso. No hay que averiguar si se encuentran o se conservan en mi cerebro o en una recóndita parte de mi espíritu, donde yo sería, por lo demás, el único que tendría acceso. Puesto que los recuerdos son evocados desde afuera, y los grupos de los que formo parte me ofrecen en cada momento los medios de reconstruirlos, siempre y cuando me acerque a ellos y adopte, al menos, temporalmente sus modos de pensar. ¿Pero realmente es así en todos los casos?

Es en este sentido que existiría una memoria colectiva y los marcos sociales de la memoria, y es en la medida en que nuestro pensamiento individual se reubica en estos marcos y participa en esta memoria que sería capaz de recordar: [...]

No puede existir ni vida ni pensamiento social sin la presencia de uno o varios sistemas de convenciones. Cuando pasamos del sueño al despertar, o a la inversa, parece que entramos en un nuevo mundo. No porque percibíamos en uno objetos de una naturaleza distinta que en el otro: ocurre que esos objetos no se encuentran ubicados en los mismos marcos. Los marcos del sueño se encuentran determinados por las mismas imágenes de que dispone. Fuera de ellas, considerados en sí mismos, los marcos no poseen ninguna realidad y ninguna permanencia. ¿En qué parte del espacio tangible y del tiempo real estamos cuando soñamos? Cuando parece que nos encontramos en un sitio que nos resulta familiar, no nos asombramos por ser sacados intempestivamente muy lejos de allí. Los marcos del sueño no tienen nada en común con los marcos del despertar. Además de que ellos tienen sólo validez para nosotros: no ponen límites a nuestras fantasías. Cuando nuestras ficciones cambian, nosotros mismos las modificamos. Inversamente, cuando estamos despiertos, el tiempo, el espacio, el orden de los acontecimientos físicos y sociales, tal como son reconocidos y fijados por los hombres de nuestro grupo, se nos imponen. En consecuencia, se crea una «sensación de realidad» que se opone a eso que nosotros todavía soñábamos, pero que es el punto de partida de todos nuestros actos de memoria. Podemos recordar solamente con la condición de encontrar, en los marcos de memoria colectiva, el lugar de los acontecimientos pasados que nos interese. Un recuerdo es tanto más fecundo cuando reaparece en el punto de encuentro de un gran número de esos marcos que se entrecruzan y se disimulan entre

ellos. El olvido se explica por la desaparición de esos marcos o de una parte de ellos, siempre y cuando nuestra atención no sea capaz de fijarse sobre ellos, o sea fijada en otra parte (la distracción es a menudo la consecuencia de un esfuerzo de atención, y el olvido es casi siempre el resultado de una distracción). Si bien el olvido o la deformación de algunos de nuestros recuerdos se explica también por el hecho de que esos marcos cambian de un periodo a otro. La sociedad, adaptándose a las circunstancias, y adaptándose a los tiempos, se representa el pasado de diversas maneras: la sociedad modifica sus convenciones. Dado que cada uno de sus integrantes se pliega a esas convenciones, modifica sus recuerdos en el mismo sentido en que evoluciona la memoria colectiva...

Los hombres que viven en sociedad utilizan palabras de las que solamente ellos comprenden el sentido: allí reside la condición de todo pensamiento colectivo. [...]

Las creencias sociales, cualesquiera que sea su origen, tienen una doble condición: son unas tradiciones o unos recuerdos colectivos pero también son unas ideas o unas convenciones que resultan del conocimiento del presente. Estrictamente convencional (en ese sentido) el pensamiento social sería exclusivamente lógico: sólo admitiría eso que conviene en las actuales circunstancias; conseguiría eliminar en todos los integrantes del grupo, todos los recuerdos que los retendrían en el pasado, por poco tiempo que fuese, y que les permitiría encontrarse simultáneamente en la sociedad del pasado como en la del presente; en caso de que el pensamiento social fuese exclusivamente tradicional, no dejaría penetrar en ella ninguna idea, incluso ningún hecho que se encontrase en desacuerdo, por poco que fuese, con sus creencias del pasado. Así, en uno y otro caso, la sociedad no asumiría ningún compromiso entre la consciencia de las presentes circunstancias y la lealtad a unas creencias tradicionales: en todo caso se inclinaría por una de las dos. Pero el pensamiento social no es abstracto. Inclusive, cuando las ideas de la sociedad pertenecen al presente, y éste se expresa por medio de ellas, las ideas se corporizan en unas personas o en unos grupos; detrás de un título, una virtud, una cualidad, la sociedad percibe inmediatamente aquellos que los poseen; si bien grupos y personas viven en el tiempo y dejan su traza en la memoria de los hombres. En este sentido, no existe idea social que no sea, al mismo tiempo, un recuerdo de la sociedad. Pero, por otra parte, ésta lucharía en vano por encontrar bajo una forma concreta una determinada figura o cualquier otro acontecimiento que ha dejado una huella permanente en su memoria. Todo personaje o todo hecho histórico, desde el momento que penetra en esta memoria se transforma en una máxima de enseñanza, en una noción, en un símbolo; se le atribuye un sentido; deviene un elemento del sistema de ideas de la sociedad. Así se explica que puedan ponerse de acuerdo las tradiciones y las ideas actuales; es que en realidad las ideas actuales son también unas tradiciones, tanto unas como otras, invocan al mismo tiempo y con la misma propiedad una vida social pasada o reciente, en donde probablemente estas ideas han tomado impulso. Como el Panteón de la Roma Imperial protegía todos los cultos, sin importar el culto que fuese, la sociedad reconoce todas las tradiciones (inclusive las más recientes) con tal de que sean unas tradiciones. Asimismo, admite todas las ideas (también las más antiguas) con tal de que sean unas ideas, es decir, que puedan ocupar un espacio en su pensamiento, que los hombres de hoy tengan interés por ellas, que ellos las comprendan. De donde resulta que el pensamiento social es básicamente una memoria, y que todo su contenido está hecho de recuerdos colectivos, pero sólo permanecen presentes en la sociedad esos recuerdos que la sociedad, trabajando sobre sus marcos actuales, puede reconstruir.

[Maurice Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria*, Anthropos Editorial, Barcelona, 2004, pp. 8-9, 323-324, 343-344.]

* * *

La memoria colectiva no se confunde con la historia, y... la expresión «memoria histórica» no es muy afortunada, ya que asocia dos términos que se oponen en más de un aspecto. La historia es, sin duda, la recopilación de los hechos que han ocupado la mayor parte de la memoria de los hombres. Pero los acontecimientos pasados, leídos en los libros y enseñados y aprendidos en los colegios, son elegidos, acercados y clasificados, según las necesidades o reglas que no se imponían a los círculos de hombres que conservaron durante mucho tiempo su poso vivo. Sucede que, en general, la historia comienza en el punto donde termina la tradición, momento en que se apaga o se descompone la memoria social. Mientras un re-

cuerdo sigue vivo, es inútil fijarlo por escrito, ni siquiera fijarlo pura y simplemente. Asimismo, la necesidad de escribir la historia de un periodo, una sociedad, e incluso de una persona, no se despierta hasta que están demasiado alejados en el tiempo como para que podamos encontrar todavía alrededor durante bastante tiempo testigos que conserven algún recuerdo. Cuando la memoria de una serie de acontecimientos ya no se apoye en un grupo, aquel que estuvo implicado en ellos o experimentó sus consecuencias, que asistió o escuchó el relato vivo de los primeros actores y espectadores, cuando se dispersa en varias mentes individuales, perdidas en sociedades nuevas a las que ya no interesan estos hechos porque les resultan totalmente ajenos, el único medio de salvarlos es fijarlos por escrito en una narración continuada ya que, mientras que las palabras y los pensamientos mueren, los escritos permanecen. Si la condición necesaria, para que haya memoria, es que quien se acuerde, ya sea un individuo o un grupo, tenga el sentimiento de que llega hasta sus recuerdos con un movimiento continuo, ¿cómo iba a ser memoria la historia, si hay solución de continuidad entre la sociedad que lee la historia y los grupos de testigos o actores de los hechos plasmados? [...]

No hay memoria colectiva que no se desarrolle dentro de un marco espacial. Ahora bien, el espacio es una realidad que dura: nuestras impresiones se expulsan una a otra, nada permanece en nuestra mente, y no comprenderíamos que pudiéramos recuperar el pasado si no lo conservase el medio social que nos rodea. Es en el espacio, en nuestro espacio —el que nosotros ocupamos, por el que volvemos a pasar a menudo, al que tenemos acceso siempre, y que en todo caso nuestra imaginación o nuestro pensamiento puede reconstruir en cualquier momento— donde debemos centrar nuestra atención; en él debemos fijar nuestro pensamiento, para que reaparezca una u otra categoría de recuerdos. [...]

En el pensamiento colectivo, algunas partes del espacio se distinguen de todas las demás porque son el lugar habitual donde se reúnen los grupos cuya función es acordarse y recordar a los demás grupos los precios de las distintas mercancías. En el marco espacial constituido por estos lugares es donde evocamos normalmente el recuerdo de los actos de intercambio y del valor de los objetos, es decir, todo el contenido de la memoria del grupo económico. [...]

Los sentimientos, las reflexiones, como todos los hechos, deben volver a situarse en un lugar en que yo haya residido o por el que haya pasado en aquel momento y que todavía exista. Tratemos de remontarnos más lejos. Cuando llegamos a la época en la que no nos representábamos todavía, ni siquiera de manera confusa, los lugares, llegamos también a regiones del pasado en que nuestra memoria no da para más. Por lo tanto, no es totalmente cierto que para recordar haya que transportarse con el pensamiento fuera del espacio, ya que, al contrario, es sólo la imagen del espacio la que, por su estabilidad, nos ofrece la ilusión de no cambiar en absoluto a lo largo del tiempo y encontrar el pasado en el presente; pero así es como podemos definir la memoria, y el espacio es el único que resulta lo suficientemente estable para poder durar sin envejecer ni perder ninguna de sus partes.

[Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2004, pp. 80, 144, 151, 161.]

* * *

Maurice Halbwachs recupera, en sus trabajos investigativos y críticos, una dimensión de la memoria que nos vincula profundamente al tiempo y al espacio social e, igualmente, al ser experiencial de los otros. De este modo, queda sumamente claro que, desde su teoría de la memoria, el hombre no puede ser entendido como un ente aislado... «Es en la sociedad donde normalmente el hombre adquiere sus recuerdos, es allí donde los evoca, los reconoce y los localiza». Reafirma, de esta manera, el carácter intrínsecamente social del ser humano y, asimismo, de sus operaciones mentales. Y así es cómo la experiencia del otro actúa en nuestra experiencia. Ella es quien aviva y hace aflorar los contenidos de nuestra memoria. El otro nos induce a recordar. Entonces la memoria se nos presenta como un hecho fácilmente comprensible. Lo que sí se requiere es que el sujeto concuerde con el modo de pensar del grupo que evoca los recuerdos. Se requiere,

pues, una cierta sintonía y complementariedad. De esta forma, se puede entender la existencia de la memoria colectiva y su contexto vital, lo que el autor llama *los marcos sociales de la memoria*.

Hemos de tener en cuenta, para entender la propuesta que nos hace M. Halbwachs, como tanto la vida social como el pensamiento habitan en un sistema de convenciones. En ese sentido se lograría comprender que en el paso del sueño a la vigilia habría un cambio de contexto y de referencias. Y así, las imágenes del sueño pueden determinar la configuración del contexto. Los acontecimientos se nos imponen cuando son reconocidos por el grupo. De este modo, recordar es encontrar *en los marcos de la memoria colectiva* el ámbito de los hechos pasados que nos interesan, y el olvido no es otra cosa que la desaparición del contexto vivido socialmente. Entonces, la condición de todo pensamiento colectivo radica en el signo de la palabra y su sentido.

En este caso, nos podemos preguntar: ¿qué son las creencias sociales? Dos cosas básicamente:

- *unas tradiciones* o recuerdos colectivos; y
- unas convenciones o ideas que nos llegan del presente, esto es, de un *conocimiento* del presente.

Ahora bien, el pensamiento social no puede ser únicamente un vínculo con el pasado en el que le sea imposible alterar el presente. No hay, pues, una idea social que simultáneamente no sea un recuerdo de la sociedad. Con todo, también *las ideas actuales son tradiciones*. De este modo se puede concluir que «el pensamiento social es básicamente una memoria» cuyo contenido está hecho de *recuerdos colectivos*. Pero únicamente se hacen presentes aquellos que la sociedad puede *reconstruir*.

Una de las aportaciones más señaladas de M. Halbwachs se refiere a la distinción entre *historia* y *memoria colectiva*. Entre ambos términos existe más bien una cierta oposición. Percibimos, de esta manera, a la historia como un conjunto de *acontecimientos*, mientras que la *memoria colectiva* se nos configura como *centros de tradiciones*. Por otra parte, «la historia es una y podemos decir que no hay más que una historia... es un grupo visto desde dentro». *La memoria colectiva* constituye, más bien, un ámbito de semejanzas.

La memoria colectiva, pues, dice una profunda e intrínseca relación con el espacio. De esa íntima relación nacen y se avivan los recuerdos y de esta forma *memoria* y *espacio* se compenetran, expresan la dimensión social del ser humano y de sus productos intelectuales. Lo cierto es que explicamos la memoria de un individuo «por la memoria de los otros».

1. Datos y avatares personales e intelectuales que configuran la biografía intelectual de M. Halbwachs

M. Halbwachs nace en Reims en marzo de 1877 en el ámbito de una familia alsaciana. Su padre era entonces profesor de alemán y en 1879 logra una plaza en París, por cuyo motivo se traslada allí.

La mayoría de testimonios se refieren a él como un niño *inquieto* y *curioso*. Pero muy pronto dicha curiosidad se va a transformar en admiración por su maestro y profesor H. Bergson. Fue su alumno durante siete años, desde 1894 hasta el año 1901. Durante este tiempo se sintió embebido por la sutileza de su pensamiento y, a su vez, encuentra en él el camino hacia la filosofía. Del maestro le interesaron particularmente dos ideas: el concepto de *duración* y la diferencia que él establece entre *memoria pura* y *memoria-hábito*.

Todo esto le lleva a entusiasmarse con la posibilidad de formular un nuevo concepto de la temporalidad —*la duración*— sin vincularlo con una concepción del espacio. Otra de las ideas muy fecundas que toma de su maestro es la relación activa entre memoria habitual y memoria pura, de la cual toma *aquellos recuerdos que son operativos en el presente*.

Pero también su *opción* por la filosofía jugó un papel importante en su formación académica y científica. Su estancia en Alemania le descubre el interés que llega a tener para él la figura de Leibniz. De ahí surge su pasión por la matemática y la estadística. Halbwachs construye, desde este acervo intelectual, su teoría acerca de *los marcos sociales de la memoria*. Igualmente penetra, con interés y eficacia, en los temas y problemas de la filosofía. Su afición a la novedad temática le conduce de nuevo a Berlín, donde va a estudiar *economía política* y *marxismo*. Posteriormente fue expulsado de la ciudad a causa de la publicación de un artículo sobre *La represión de una huelga obrera*, en *L'Humanité*. Entre tanto ha entrado en contacto con otra corriente de pensamiento que va a ser motivo de *un giro en su trayectoria intelectual*. Se acerca al socialismo y muy especialmente a la obra y a la figura de E. Durkheim. El hecho importante fue que en él encontró a su maestro definitivo. De este modo, L'École Sociologique, de la que forma parte desde 1905, le ofrece la posibilidad de verificar empíricamente aquellos proyectos que había esbozado filosóficamente. De regreso ya a París se experimenta a sí mismo como *sociólogo*. Y al concluir la *Gran Guerra Mundial* fue nombrado profesor de la Universidad de Caen y posteriormente en la Universidad de Estrasburgo, en la que permanecerá hasta 1935 teniendo colegas tan estimulantes como Lucien Febvre o Marc Bloch. Este periodo fue singularmente fértil para Halbwachs. Escribió numerosos artículos y dio a conocer en Francia la obra de autores como Weber, Pareto, Veblen o Keynes. Asimismo viajó a Estados Unidos y fue profesor visitante de la Universidad de Chicago. Fue también el continuador de la Escuela durkheimiana a la muerte de su fundador compartiendo protagonismo con Marcel Mauss. Su dedicación a la sociología le exige profundizar en el derecho y en la teoría económica.

Halbwachs fue igualmente nombrado en 1935 profesor de la cátedra de Sociología de La Sorbona. A pesar de haberse iniciado la Segunda Guerra Mundial todavía pudo completar otras ideas que perfeccionaban su pensamiento sociológico más allá de *los marcos sociales de la memoria*.

Detenido por la Gestapo en julio de 1944, después de haber sido nombrado profesor del Collège de France, el 20 de agosto fue deportado al campo de concentración de Buchenwald donde muere de inanición el 16 de marzo. Dejó incompleto un libro que, en su publicación póstuma, se tituló *La memoria colectiva*. Jorge Semprún en su libro *La escritura o la vida* nos describe en un bello texto literario su agonía y muerte. Dice:

A Maurice Halbwachs también lo había estrechado entre mis brazos ese último domingo. Estaba tumbado en la litera del medio del camastro de tres niveles, justo a la altura de mi pecho. Deslicé mi brazo por debajo de sus hombros, me incliné hacia su rostro, para hablarle muy de cerca, lo más suavemente posible. Le acababa de recitar el poema de Baudelaire, como se recita la oración de los agonizantes. Él, Halbwachs, ya no tenía fuerzas para hablar. Había ido al encuentro de la muerte todavía más lejos que este judío desconocido sobre el que yo me inclinaba ahora. Éste todavía tenía la fuerza, inimaginable por lo demás, de recitarse la oración de los agonizantes, de acompañar su propia muerte con unas palabras para celebrar la muerte. Para hacer que se volviera inmortal, por lo menos. Halbwachs ya no tenía fuerzas para ello. O la debilidad necesaria, ¿quién sabe? En cualquier caso, ya no tenía la posibilidad. O el deseo. Sin duda la muerte es el agotamiento de cualquier deseo, incluido el de morir. Sólo a partir de la vida, del conocimiento de la vida, cabe tener deseo de morir. Todavía sigue siendo un reflejo de vida ese deseo mortífero.

Pero Maurice Halbwachs ya no tenía manifiestamente deseo alguno, ni siguiera el de morir. Estaba más allá, sin duda, en la eternidad pestilente de su cuerpo en descomposición.

Lo tomé entre mis brazos, acerqué mi rostro al suyo, quedé sumergido por el olor fétido, fecal, de la muerte que crecía dentro de él como una planta carnívora, flor venenosa, deslumbrante podredumbre. Me dije, en un instante de irrisión deliberada, para ayudarme a atravesar este instante invisible, a vivirlo sin complacencia por lo menos, en el rigor de una compasión no patética, me dije que por lo menos en Buchenwald habría aprendido eso, a identificar los múltiples olores de la muerte. El olor del humo del crematorio, los olores del bloque de los inválidos y de los barracones del *Revier*. El olor a cuero y a colonia de los *Sturmführer* S.S. Me dije que era un saber pertinente, pero ¿se trataría de un saber práctico? ¿Cómo estar convencido de lo contrario?

Maurice Halbwachs no murió entre mis brazos. Aquel domingo, el último domingo, no me quedé más remedio que dejarlo, abandonarlo a la soledad de su muerte, pues los silbatos del toque de queda me obligaron a regresar a mi bloque en el Campo Grande. Hasta dos días después no vi su nombre en la lista de los movimientos de los deportados: llegadas, salidas por transporte, fallecimientos. Su nombre figuraba en la lista de los fallecidos diarios. Por lo tanto todavía había aguantado dos días, cuarenta y ocho horas de eternidad de más.

La antevíspera, al abandonar el Campo Pequeño, cuando la hora del toque de queda me había obligado a separarme de Halbwachs, me había lavado con abundante agua helada, el pecho desnudo, en el aseo contiguo al dormitorio del ala C, en el piso del bloque 40, que era el mío. Pero por mucho que me frotara, el olor fétido de la muerte parecía haberme impregnado los pulmones, seguía respirándolo. Dejé de frotarme con agua abundante brazos y hombros, también el pecho. Me fui a acostar en la promiscuidad jadeante del dormitorio común, con el olor de la muerte que impregnaba mi alma, entregada, no obstante, a la esperanza.

Así que, dos días después, vi aparecer el nombre de Halbwachs en la lista de los fallecidos. Busqué en el fichero central de la *Arbeitsstatistik* el casillero correspondiente a su número. Saqué la ficha de Maurice Halbwachs, borré su nombre: un vivo podría ahora ocupar el lugar de ese muerto. Un vivo, quiero decir: un futuro cadáver. Hice todos los gestos necesarios, borré cuidadosamente su apellido, Halbwachs, su nombre de pila, Maurice: todas sus señas de identidad. Tenía su ficha rectangular en la palma de la mano, volvía a estar blanca y virgen: otra vida podría inscribirse en ella, una muerte nueva. Contemplé la ficha virgen y blanca, mucho rato, probablemente sin verla. Probablemente tan sólo veía en aquel instante el rostro ausente de Halbwachs, mi última visión de ese rostro: la máscara cerosa, los ojos cerrados, la sonrisa de más allá.

Una especie de tristeza física se había apoderado de mí. Me hundí en esa tristeza de mi cuerpo. En ese desasosiego carnal, que me volvía inhabitable para mí mismo. El tiempo pasó, Halbwachs estaba muerto. Yo había vivido la muerte de Halbwachs.

[Jorge Semprún, *La escritura o la vida*, Tusquets, Barcelona, 2007, pp. 54-57.]

2. Principales ideas que se resaltan, en este número de la *Revista Anthropos*, de la obra innovadora de M. Halbwachs

En la primera sección, «Percepción», se destaca la estructura evolutiva del pensamiento del autor. Y así podemos observar cómo un punto central de sus ideas radica en el descubrimiento de que una sociedad se ha de definir, sobre todo, por la *conciencia*. De este modo, tiene mucho sentido su investigación acerca de las condiciones de la clase obrera y la relación de las mismas con su nivel de vida.

La experiencia de las dos guerras mundiales, iniciadas en Europa, tuvo una gran influencia en la formulación de sus ideas, muy especialmente por lo que se refiere a su obra fundamental *Los marcos sociales de la memoria*. De esta forma, se alcanza la afirmación de que *sociedad y memoria* se implican intrínsecamente. Lo cual constituye el eje central de su pensamiento. Dicha relación se convierte en el observatorio, desde el cual se percibe toda la realidad histórica de la sociedad.

Me parece importante señalar un rasgo de su personalidad: la intrepidez y, por otra parte, la afirmación significativa de que la persona se distingue claramente de las cosas, aunque él finalmente terminó en el horror del campo de concentración, donde sociedad e individuo «se ven negados y anulados». Todo esto se puede leer en el artículo «Los lugares materiales, memoria y espacio social».

En este mismo escrito se destaca también la importancia e interés que tiene en su obra, *el espacio social* para la construcción de la memoria como algo vivo, concreto y real.

De todas maneras resaltamos el siguiente texto de Halbwachs en que afirma un aspecto de su pensamiento sumamente interesante: «cada sociedad, cada nación, cada época» produce «una impronta sobre la sensibilidad de sus miembros». De este modo, igualmente propone que las emociones constituyen «los marcos del lenguaje y del pensamiento colectivo».

En su artículo Pierre Bourdieu se refiere al asesinato de Halbwachs como algo muy significativo en el contexto de su obra investigativa y sociológica. Todo ello se muestra coherente con una «locura ultra-racional de un campo de exterminio».

A continuación tenemos un texto que nos presenta una precisa cronología de su vida y de las principales etapas de su creación intelectual.

Finaliza esta sección con una selecta bibliografía de y sobre Maurice Halbwachs en la que se pone de relieve su amplia labor intelectual y la importancia de su obra específica en el contexto de la sociología francesa e internacional.

Hemos de manifestar en este punto nuestro agradecimiento al coordinador de este número, el profesor Emilio Martínez, por su cuidada aportación documental y por la selección de artículos e investigadores presentes en este número de la *Revista Anthropos*, dedicado a la egregia figura de Maurice Halbwachs y de su obra sociológica.

En la parte central de la revista, «Argumento», se recogen los temas más fundamentales que definen la teoría del autor y su amplio campo de investigación. El primero de ellos se refiere *al deber de la memoria colectiva*. Tema que se nos impone como *un imperativo ético, un deber de memoria*, esto es, tenemos la obligación de leer el pasado, de reconstruirlo a partir del presente. Un derecho a *reinventar el progreso a partir de la tradición*. Y entonces poder mirarla desde un *proyecto utópico*. Y así alcanzar a formular *una historia social de los pasados de la memoria*.

El próximo artículo se refiere al orden de la desmemoria, la condición social de la memoria fragmentada, las memorias combativas y la ignorancia de nuestro tiempo pasado. Con todo, la cuestión central que plantea este artículo es: ¿cómo esclarecer la lógica social del recuerdo y el olvido? ¿Cómo formular los diferentes retos de la memoria social, de una forma más reflexiva y consciente? El autor profundiza su proceso de análisis y avanza intelectualmente en la comprensión del tema, lo cual nos conduce al encuentro de la memoria colectiva y la socialización. Y así, en la crisis educativa de la modernidad y en su concepción clásica se halla la luz, para considerar los viejos y nuevos problemas. Bajo este aspecto habría que señalar la importancia de una *sociología de la memoria*, para lograr entender el proceso de *socialización*. Todo lo cual se refleja claramente en la crisis educativa de la modernidad. En consecuencia, el mejor homenaje que se le puede hacer a Halbwachs es, por una parte, el estudio conceptual de su obra. Por otra, llevar a cabo *una defensa de la memoria colectiva* desde la educación.

Otro de los artículos plantea la posibilidad de armonizar la obra *la topografía legendaria* y la investigación sobre la memoria colectiva. Estudia en su artículo el autor, ciertos elementos sobre el *método de trabajo* de tal manera que pueda esclarecer su itinerario en relación con la memoria, cosa que en esa época le preocupaba. Se afirma así en su tesis que la memoria, indudablemente, es un *hecho social* que se vertebra en el concepto

de memoria colectiva. Lo cual nos convierte en seres intrínsecamente sociales, esto es, *seres sociales*. Lo importante, en el fondo, es entender la dimensión social del ser humano, su estructura y dinámica social.

La tercera sección de la revista se refiere al «Análisis temático». En el primer artículo se plantea la importancia de la estadística en el conjunto de la obra de Halbwachs y también en general en el ámbito de las *ciencias sociales*. Fue él quien introdujo en esta área investigativa el tema de la estadística y asimismo quien despertó el interés por la misma. Igualmente Halbwachs tiene el mérito de iniciar «nuevos métodos en la investigación social».

El siguiente trabajo aborda el tema de las *expropiaciones y la especulación del suelo*, esto es, la relación existente entre la perspectiva sociológica y la *estrategia reformista*. En este sentido lo podemos considerar como un pionero «de los estudios sociológicos sobre la ciudad». Es constante en su obra la presencia del hecho urbano. De este modo, el profesor Emilio Martínez señala en este artículo algunas facetas de su pensamiento de extraordinaria importancia. Destacamos los siguientes: la realidad urbana; sociología económica y morfología social.

Capítulo aparte es el que dice relación con las expropiaciones y las transformaciones de la ciudad de París. Son varias las cuestiones que al respecto se plantean: la cuestión urbana en el socialismo...; el programa municipal de *cahiers*; desarrollo urbano; reflexiones acerca del problema de la vivienda; especulación y renta del suelo; políticas y planeación de la ciudad. Otros aspectos de su investigación se refieren al precio de la vivienda y a la morfología social y la memoria colectiva. Considera y analiza también lo que sería una sociología del consumo. Simultáneamente ha estudiado el caso del suicidio en cuanto hecho social.

Valoramos muy positivamente que los artículos que configuran este número de la *Revista Anthropos*, tanto de «Argumento» como de «Análisis temático», se fundamentan en un cuidadoso análisis y documentación de cada uno de los temas estudiados. Y el conjunto de los mismos nos ofrece una visión certera, abierta y actual de la obra y pensamiento sociológico de Maurice Halbwachs.

3. Diferencia entre memoria colectiva e historia. Algunos textos y pensamientos de Maurice Halbwachs

Quisiéramos situar, antes de abordar la relación entre *memoria colectiva e historia*, algunas ideas de Halbwachs que muestran su proceso intelectual y la construcción de su teoría sociológica.

Hemos de partir del hecho que gobierna toda su vida de profesor e investigador. Me refiero expresamente a que desde sus primeros estudios tiene el autor como preocupación primordial *el pensamiento*. Por lo cual sobresale, entre sus preocupaciones, mejorar siempre su capacidad de reflexión y observación desinteresadas. Su formación humana e intelectual comprende además del estudio intensivo de la filosofía, la del derecho, la economía política y las matemáticas. Con todo, después de *reflexionar y deliberar*, decide dedicarse a un conjunto de saberes que tenga como objeto el estudio de una realidad *compleja*, es decir, que sea un «lugar de encuentro entre lo mecánico y lo orgánico, por una parte y lo consciente, por otra».

Lo cierto es que advertimos en él una constante ansia de conocimientos, cosa que se manifiesta en una evidente dinámica juvenil, como modo de ser y estilo de vida. No se puede negar, en cambio, que tanto Durkheim como Simiand, al igual que antes, H. Bergson, fueron sus guías y amigos aunque pronto encontró su «propio camino» con total

autonomía investigativa e intelectual. Y así, construye y formula con firmeza su metodología y doctrina que únicamente podemos hallar en sus clases, libros y múltiples artículos. Su interés se manifiesta siempre en la idea de «realizar nuevos trabajos». Destaca como rasgo personal su modestia de corazón y de mente. De este modo, la historia de su pensamiento la hemos de buscar en la secuencia de sus trabajos de investigación y en sus publicaciones. Entiende que la Estadística es algo muy importante para su concepto de la sociología. En consecuencia, se entrega a la tarea de profundizar y discutir sus leyes. La utiliza ampliamente en sus investigaciones. Pero, ésta fue únicamente una herramienta que le facilitaba «recopilar mediante cifras una materia social para la reflexión». Señala cómo «el hecho social... no es exterior al erudito ni es exterior para los hombres que lo viven». Por lo tanto, se le presenta el término de «conciencia social» o simplemente la conciencia como aquello que «dominó, orientó y unificó todas sus investigaciones». Piensa, entonces, Halbwachs que la tarea del sociólogo «es hacer que pasen al estado de nociones claras y diferenciadas» aquello que se nos muestra como datos inmediatos e intuitivos.

Define con toda claridad su concepto de la sociología. Dice: «la sociología es... el análisis de la conciencia según se descubre dentro de la sociedad y según es descubierta por ella y es la descripción de esta sociedad concreta, es decir, de las condiciones —idioma, orden, instituciones, presencias y tradiciones humanas— que hacen posible la conciencia de cada uno». La siguiente tesis me parece que resume la esencia de su pensamiento. Me refiero a este texto: «no podemos pensar nada, no podemos pensarnos a nosotros mismos, sino a través de los demás y para los demás».

Halbwachs «demuestra que la razón es el resultado de esta forma humana que realiza y anima sola constantemente la existencia social». Y así, la sociedad «es básicamente conciencia, en ella se mezclan y entremezclan las causas y los fines». La sociedad, ciertamente, depende en gran medida «de condiciones naturales», pero, en verdad, no hemos de olvidar nunca que la sociedad es «básicamente conciencia». De este modo, Halbwachs «supo dar a sus análisis el sentimiento de opacidad y potencia envolvente del entramado social... Por esta razón, se esforzó en combinar siempre el método objetivo del científico y el método reflexivo del filósofo».

Una importante investigación sobre los presupuestos obreros dio lugar a la publicación de su libro *La clase obrera y el nivel de vida*. Y es a partir de aquí que se encuentra con el problema de *las clases sociales*. Lo cual le ha servido para formular el siguiente pensamiento que gobierna su teoría: «el hombre se caracteriza fundamentalmente por su grado de integración en el entramado de las relaciones sociales».

El camino indispensable para este descubrimiento, indudablemente es la idea y la posibilidad de imaginar originalmente los hechos sociales. El libro antes referido constituye un modelo de análisis. En definitiva, «nos hace ver a los obreros aislados frente a la materia y, por ende, como desintegrados de la sociedad».

Ahora bien, «si lo social se confunde con lo consciente debe confundirse también con la renovación en todas sus formas. Materia y sociedad se oponen; sociedad y conciencia y personalidad se implican; por lo tanto, con mayor razón, sociedad y memoria». Y así es como logra entender «que el obrero representa a la mente presa en la materia, inmovilizada en el presente perpetuo del gesto simplificado y monótono del trabajo mecanizado»... Todo lo cual le constituye en un extraordinario observador «de la vida social concreta y cotidiana». En verdad, que «nadie ha comprendido ni ha dado a entender mejor la continuidad social».

Igualmente su obra póstuma refleja y afirma que «las relaciones de la memoria y de la sociedad se habían convertido efectivamente en el centro y el término de su pensamiento».

Concluimos este análisis haciendo evidente la paradoja de que haya sido él quien se empeñó «en definir la noción del hombre como persona distinta de las cosas... quien

sufriera el infierno del campo de concentración donde tanto la sociedad como el individuo se ven negados y anulados».

Partiendo de su idea de las clases sociales se adentra en el estudio de *Los marcos sociales de la memoria*.

Lo extraordinario de su obra y pensamiento es que aún después de su deportación a los campos nazis abre «una nueva vía para el estudio de la sociología de la vida diaria»...

Inicialmente se manifiesta como un durkheimiano perfecto, si bien pronto va más allá del pensamiento de su maestro. Halbwachs demuestra «que es imposible concebir el problema del recuerdo y de la localización de recuerdos si no se toman como punto de aplicación los marcos sociales reales» que son referencia «para esta reconstrucción que llamamos memoria». Con todo, la presencia de Durkheim es todavía intensa en esta fase de elaboración de su pensamiento. Pero hemos de tener en cuenta que cuando Halbwachs se enfrenta a la tarea y compromiso de publicar sus libros «se produce un cambio». Su reflexión y experiencia se enriquece con nuevos conceptos. Reflexiona nuevamente sobre la memoria y el recuerdo. Todo le lleva, entonces, a «crear un sinfín de interrogantes en el mismo sentido: la dilucidación de la realidad existencial colectiva e individual». Poco a poco logra centrar su atención cada vez más en el área de la memoria y la duración. Lo que sí establece, a partir de su experiencia de la primera guerra mundial, es una ruptura «de la continuidad de las sociedades europeas». Pero muy especialmente de los «nacionalismos hostiles». Todas estas ideas, experiencias y conceptos son los que se van a incluir en su obra póstuma en que destaca, como su título lo indica *La memoria colectiva*.

En consecuencia, es cierto que tanto la memoria personal como la individual existen, pero están arraigadas en conceptos distintos de la simultaneidad en la contingencia. Por lo cual «nada escapa de la trama sincrónica de la existencia social actual».

De este modo, muestra como «la conciencia nunca está encerrada en sí misma, ni vacía ni solitaria». La sociedad constituye la intimidad del individuo.

De todas maneras, «su ser *histórico* contradice al ser íntimo al que traiciona necesariamente al socializarse». Esto le lleva a hacer una importante distinción entre *la memoria histórica* y *la memoria colectiva*. La primera es una «reconstrucción de datos facilitados por el presente de la vida social» que se proyectan en un pasado reinventado. Mientras que la *memoria colectiva* «recompone mágicamente el pasado». Entre ambas direcciones «de la conciencia colectiva individual» aparecen las diferentes formas de memoria. De esta manera sabemos que *la memoria colectiva* no debe nada a *la memoria histórica*. Halbwachs admite así «la pluralidad de los tiempos sociales». Lo que le exigiría por otra parte «un número determinado de tiempos colectivos».

Ciertamente, tanto las religiones como las actividades políticas y las organizaciones administrativas implican en sí mismas dimensiones temporales —históricas— «que constituyen proyecciones hacia el pasado o el futuro y responden a los dinamismos más o menos intensos... de los grupos humanos; llevan la marca pasajera de la reciprocidad de estas construcciones, las murallas de las ciudades, las paredes de las casas, las calles de las ciudades o los paisajes rurales». De alguna forma podemos dudar «de la eficacia real de la dicotomía del tiempo». Su distinción sería entonces meramente retórica y formal.

El contenido de su libro póstumo sobre *La memoria colectiva* iría más allá de los postulados que formula la sociología *clásica*. Encontramos en él «los elementos de una sociología de la vida cotidiana o..., los presupuestos que permitirían al análisis sociológico, examinar las situaciones concretas en las que se encuentra implicado el hombre de cada día en la trama de la vida colectiva». Y así la sociología... «debería dar respuesta a los interrogantes reales del hombre vivo tal como es y no reflejado en doctrinas o ideologías». La sociología encontraría, de este modo, su propia vocación «sin tratar ya de

trasponer lo individual a lo colectivo», es decir, «saber por qué, en medio de la trama colectiva de la existencia, surge y se impone la individualización».

Señalamos ahora algunos textos acerca del tema memoria colectiva y memoria histórica en la obra póstuma de Halbwachs.

El funcionamiento de la memoria individual no es posible sin estos instrumentos que son las palabras e ideas, que no ha inventado el individuo, sino que le vienen dadas por su entorno. Bien es cierto que sólo nos acordamos de lo que hemos visto, hecho, sentido o pensado en un momento dado, es decir, que nuestra memoria no se confunde con la de los demás. Está limitada de forma bastante rigurosa en el espacio y en el tiempo. La memoria colectiva también lo está: pero sus límites no son los mismos. Pueden estar más afianzados y también más alejados. Durante el curso de mi vida, el grupo nacional del que formaba parte fue el teatro de determinados hechos de los que digo acordarme, pero sólo los conocí por los periódicos o los testimonios de quienes estuvieron directamente implicados en ellos. Ocupan un lugar en la memoria de la nación. Pero no asistí a ellos en persona. Cuando los evoco, he de remitirme totalmente a la memoria de los demás, que no viene a completar o reforzar la mía, sino que es la fuente única de lo que deseo repetir. [...]

Así pues, cabría distinguir dos memorias, que podemos denominar, por ejemplo, una memoria interior o interna y otra exterior, o bien una memoria personal y otra memoria social. Podríamos decir aún con más precisión: memoria autobiográfica y memoria histórica. La primera se apoyaría en la segunda, ya que al fin y al cabo la historia de nuestra vida forma parte de la historia en general. Pero la segunda sería, naturalmente, mucho más amplia que la primera. Por otra parte, sólo nos representaría el pasado de forma resumida y esquemática, mientras que la memoria de nuestra vida nos ofrecería una representación mucho más continua y densa. [...]

Podemos denominar recuerdos a muchas representaciones que se basan, al menos en parte, en testimonios y razonamientos. Pero, en tal caso, la parte social o histórica que hay en la memoria de nuestro propio pasado, es mucho más amplia de lo que pensábamos. [...]

Un marco no puede producir por sí solo un recuerdo preciso y pintoresco. Pero en este caso, el marco está cuajado de reflexiones personales, recuerdos familiares, y el recuerdo es una imagen enredada con otras imágenes, una imagen genérica transportada al pasado.

[Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva*, op. cit., pp. 54, 55, 71, 73.]

El siguiente texto define y diferencia con toda claridad el tema y la novedosa aportación de Halbwachs. Dice:

La memoria colectiva se distingue de la historia al menos en dos aspectos. Es una corriente de pensamiento continuo, de una continuidad que no tiene nada de artificial, ya que del pasado sólo retiene lo que aún queda vivo de él o es capaz de vivir en la conciencia del grupo que la mantiene. Por definición, no va más allá de los límites de este grupo. Cuando un periodo deja de interesar al periodo siguiente, no es un mismo grupo el que olvida una parte de su pasado: en realidad, hay dos grupos que se suceden. La historia divide la sucesión de los siglos en periodos, del mismo modo que la materia de una tragedia se reparte en varios actos. [...]

En el desarrollo continuo de la memoria colectiva, no hay líneas de separación claramente trazadas, como en la historia, sino simplemente límites irregulares e inciertos. El presente (entendido como algo que se extiende a lo largo de una duración determinada, que interesa a la sociedad actual) no se opone al pasado del mismo modo que se distinguen dos periodos históricos vecinos. [...]

El mundo histórico es como un océano en el que confluyen todas las historias parciales. No resulta sorprendente que en el origen de la historia, e incluso en todas las épocas, se haya pensado en escribir tantas historias universales. Es la orientación natural del espíritu histórico. Es la pendiente fatal por la que se vería arrastrado todo historiador, si no quedase retenido en el marco de trabajos más limitados, por la modestia o por la falta de aliento. [...]

En realidad, quienes escriben la historia y se fijan sobre todo en los cambios y las diferencias, comprenden que, para pasar de uno a otro, debe desarrollarse una serie de transformaciones, de las que la historia sólo percibe su suma (en el sentido de cálculo integral), o el resultado final. Éste es el punto de vista de la historia, porque examina los grupos desde fuera, y abarca un periodo bastante largo. La memoria colectiva, en cambio, es un grupo visto desde dentro, y durante un periodo que no supera la duración media de la vida humana, que suele ser muy inferior. Presenta al grupo un cuadro de sí mismo que, sin duda, se prolonga en el tiempo, ya que se trata de su pasado, pero de modo que se reconozca siempre en estas imágenes sucesivas. La memoria colectiva es un cuadro de parecidos, y es natural que se dé cuenta de que el grupo siga y haya seguido igual, porque fija su atención en el grupo, y lo que ha cambiado son las relaciones o contactos del grupo con los demás. Como el grupo siempre es el mismo, los cambios han de notarse: los cambios, es decir, los acontecimientos que se producen en el grupo, se resuelven por sí mismos como similitudes, ya que parecen tener la misión de desarrollar en diversos aspectos un contenido idéntico, es decir, diversos rasgos fundamentales del grupo en sí. [...]

Lo fundamental es que los rasgos por los que se distinguen de los demás permanezcan, y estén dotados de todo su contenido.

[*Ibid.*, pp. 81, 83-84, 85, 87-88.]

En definitiva, la memoria «informa sobre un pasado del presente, es decir, un pasado que cambia y se reescribe en función del presente». Ella habita en los marcos sociales del espacio y el tiempo.

Ciertamente que la teoría de Halbwachs tiene actualmente algunas dificultades que suelen calificar de *teoría corpuscular*, esto es «elaborada en los momentos finales de un mundo que se estabiliza por medio de la memoria».

Conclusión

Me parece importante centrar el tema social de la memoria y cómo ella, en el análisis extraordinario de Halbwachs nos muestra definitivamente la intrínseca dimensión social del individuo. Y así puede afirmar con toda eficiencia el autor: «el pensamiento social es básicamente una memoria». Pero, a su vez, la memoria en cuanto constituida por los grupos de referencia social, aviva nuestros recuerdos.

Un tema también sumamente importante es la relación peculiar con la música y los músicos.

Los músicos se detienen en los sonidos, y no buscan nada más allá. Satisfechos de haber creado una atmósfera musical, de haber desplegado motivos musicales, se desinteresan de todo aquello que pueden sugerir y que no se expresaría en su lenguaje. En una sala en que se ejecutan obras musicales, a un poeta, un filósofo, un novelista, así como a un enamorado o a un ambicioso, siempre les resultará fácil y, de hecho, posible olvidar a medias la música y aislarse de sus meditaciones o sueños. Pero la actitud de un músico es muy distinta, ya que se dedique a ejecutar o a escuchar: en ese momento, está sumido en el entorno de los hombres que se dedican simplemente a crear o escuchar combinaciones de sonidos: está totalmente inmerso en esta sociedad. Aquéllos sólo se han implicado en ella en una porción muy pequeña, lo bastante para aislarse un poco en su entorno habitual, en el grupo al que más íntimamente ligados están y del que, en realidad, no han salido. Pero entonces, para garantizar la conservación y el recuerdo de las obras musicales, podemos recurrir, como en el caso del teatro, a imágenes e ideas, es decir, al significado, dado que una serie de sonidos así no tiene más significado que el que tiene en sí misma. Por lo tanto, hay que retenerla tal cual, íntegramente.

La música es, a decir verdad, el único arte al que se impone esta condición, porque toda ella se desarrolla en el tiempo, no se asocia a nada que perdure y, para recuperarla, hay que

recrearla sin cesar. Así pues, no hay ningún ejemplo en que percibamos con mayor claridad que sólo es posible retener un gran volumen de recuerdos con todos sus matices y con la mayor precisión si ponemos en práctica todos los recursos de la memoria colectiva.

[*Ibid.*, pp. 189-190.]

Es importante también destacar la función de la individuación y su relación con la aceleración del tiempo presente.

La *individualización* como concepto teórico caracteriza un cambio en la relación del individuo y de la sociedad que tienden a su progresiva diferenciación o autonomización mutua. [...]

Cuando la conciencia colectiva es fuerte, la conciencia individual es débil y, a medida que se reblandece e indetermina la conciencia colectiva, se desencadena un proceso incipiente de fortalecimiento de la individualización... Frente al individuo que se sitúa en las sociedades tradicionales, dentro de los sólidos y estrechos círculos concéntricos —la familia y la comunidad— que le dan seguridad, pero que también limitan rígidamente su individualidad, el individuo de las sociedades pos-tradicionales crea su propio espacio de actuación en esos «pedazos» de socialidad itinerante procedentes del cruce de los círculos sociales. Esto se puede observar cuando la conexión originaria del grupo familiar es modificada porque la individualidad de cada uno de sus miembros interesa a otros círculos distintos. El número y la diferencialidad de roles crecen. Entonces uno aparece no como individuo sino como miembro de una «pluralidad de círculos» —ciudadano, trabajador, oficial de reserva, miembro de la Iglesia Católica, miembro de la Gran Logia Masónica. Habiéndose desarrollado en un círculo (concéntrico) sólo pasa a situarse en la intersección de muchos. Hay una enorme diferencia entre la forma concéntrica y la forma que consiste en que alguien, por ejemplo, además de su posición profesional, pertenezca a una sociedad científica, sea consejero de una sociedad por acciones y tenga un cargo municipal. Cuanto menos relación tenga la pertenencia a un círculo con la pertenencia a otro, tanto más característico será para la determinación de la personalidad el hallarse en la intersección de ambos. Evidentemente esto incrementa la probabilidad de que el propio individuo pueda, a través de las combinaciones individuales que él establezca, diferenciarse de otros individuos con los que comparte pertenencia en el círculo concéntrico. *«La posibilidad de la individualización crece indefinidamente por el hecho de que la misma persona pueda ocupar situaciones completamente distintas en los diversos círculos de que forma parte al mismo tiempo»*. Casi podemos decirlo axiomáticamente, las culturas que favorecen la individualización se mueven más rápido que aquellas que dependen de un círculo concéntrico dominante.

[Josepto Beriain, *Aceleración y tiranía del presente. La metamorfosis en las estructuras temporales de la modernidad*, Anthropos Editorial y UNAM-Iztapalapa, Barcelona, 2008, pp. 198, 199-200.]

Creación musical e individuación muestran su diversidad y fortaleza en el contexto de una estructura social como la que nos plantea la obra teórica y práctica de M. Halbwachs. En el conjunto de su pensamiento se puede advertir cómo en él domina una visión clásica y actual de la ideación sociológica, esto es, el proyecto de una memoria colectiva y su vinculación con el espacio. Una categoría innovadora ésta de la teoría social que muestra toda la fuerza de su creación intelectual.